



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2019, Nando López

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-339-9

Depósito legal: M-37.466-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: marzo de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Mapa:

Eva Palomar Gómez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **El reino de los Tres Soles**

Nando López

Ilustración de cubierta de Maite Gurrutxaga

loqueleg



*A Rodrigo y Asier, para que nunca dejéis de abrazar  
las alas de la fantasía.*

*Y a quienes creemos que las palabras  
no pueden cambiar el pasado, pero sí ayudarnos  
a construir el futuro.*



*Dos son los tratados de lo inefable y una sola la magia  
que nace de la suma de ambos. Y solo dos han  
de ser también quienes, sobresalientes por su fuerza  
y nobleza, podrán volver  
a unir lo que las tinieblas separaron.*

*Liber Noctis  
Tractatus II. De gente naturae unicae*

*EL REINO  
DE LOS TRES SOLES*

*Antiguo reino de las Tres Lunas*



MAR DE SWEMEL

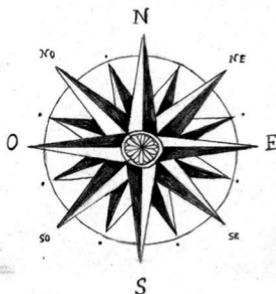


*Acantilado de las Ánimas*

*Cuevas del Tiempo*

REINO DE  
AQUIDONIA

*Bosque de los Juglares*





## Prólogo

### La edad de la ceniza

El fuego había llegado a las puertas de la ciudad sin que nadie hubiera podido impedirlo.

13

Era aún noche cerrada cuando las llamas comenzaron a extenderse, sigilosas y voraces, hasta llegar a la muralla que protegía la capital del reino. De poco sirvieron los cubos y baldes de agua con que los centinelas intentaban detener el incendio a la vez que daban la voz de alarma: el fuerte viento, inesperado huésped en aquella madrugada estival, hacía inútiles todos sus intentos.

La audaz Griselda, a lomos de Arbán, su imponente caballo blanco, observaba con satisfacción la escena y se complacía en escuchar los gritos de terror de quienes habían intentado traicionarla.

—Defenderé Aquidonia con mi vida si es preciso, padre —le había prometido al rey Hawart, antes de que exhalara su último aliento.

—Ten cuidado, hija mía —fue todo lo que el monarca pudo decirle.

14 Griselda culpaba a aquel reino, con el que habían fingido mantener un tenso equilibrio durante décadas, de la única muerte que jamás podría perdonarles, la que cinco años atrás se había llevado consigo a un rey magnánimo a quien su pueblo veneraba por su grandeza y a un padre bondadoso al que se había prometido emular en su valor y generosidad.

Un jinete enfundado en una armadura tan blanca como la crin de Arbán cabalgó presuroso hasta ella.

—El viento está de nuestro lado, alteza —le aseguró el caballero mientras alzaba, con orgullo, la antorcha que empuñaba en su brazo derecho—. Las llamas impedirán que puedan contener el avance de nuestras tropas.

—Lo sé —respondió ella con una enigmática sonrisa—. Sabed que nada de cuanto sucede en esta noche es fruto del azar, mi fiel Oswald. Igual que nada ha de serlo durante los años que dure mi reinado.

Él asintió sin acabar de entender lo que su reina había querido decirle.

—Todo se ha de hacer según lo dispusisteis.

—Así lo espero.

El caballero dio una orden y sus hombres lo siguieron con sus antorchas dispuestos a asegurarse de que el fuego les abría paso hasta el lugar que era, en realidad, el verdadero objetivo de aquel ataque. Solo Oswald, el único de sus servidores en quien Griselda sentía que podía depositar toda su confianza, sabía de qué se trataba, aunque ni siquiera a él le había explicado las verdaderas razones de su obsesión.

15

—¿La biblioteca real? —reaccionó con asombro el caballero cuando la reina le comunicó sus planes—. ¿Por qué habríamos de preocuparnos de ella en vez de acabar con las vidas de Malkiel y de Estrella?

—¿Ponéis en duda mi criterio? —se enfureció ella. ¿Cómo era posible? No podía creer que Oswald participase de las dudas de la corte, donde sabía que, desde la inesperada y nunca aclarada muerte de su padre, todos la veían como una dócil princesa a quien habría que casar, en vez de como la reina que estaba decidida a ser.

—Jamás me atrevería a desafiar vuestros deseos —le respondió él a la vez que hincaba su rodilla

derecha en tierra en señal de respeto—. En mí tendréis siempre al más devoto de vuestros servidores, mi reina.

16 Consciente de que necesitaba aliados poderosos para sobrevivir a las inquinas y recelos del laberinto nobiliario que la rodeaba, nada más morir el rey Hawart, Griselda había tomado dos decisiones. La primera, elegir como consejero al conde Bernard, uno de los miembros más respetados por su audacia e inteligencia en toda la corte: «Mantenlo cerca», le había aconsejado su padre. La segunda, coger su espada y erguirla sobre la cabeza de Oswald, el mejor jinete de toda Aquidonia.

—Desde hoy y hasta el día de vuestra muerte habéis de ser el Caballero del Yelmo Blanco, líder de mis ejércitos y privado de esta reina que ha de depositar en vos su confianza.

Rozó con la hoja de la espada los hombros de Oswald, que asumió aquella distinción con orgullo.

Habían pasado ya cinco años desde aquella jornada. Cinco años en los que Griselda, a quien su padre había enseñado las técnicas y estrategias más secretas del ajedrez, había conseguido disponer con paciencia y pericia todas las piezas sobre

un tablero que, aquella noche de verano, al fin estaba a punto de ser suyo. Una partida donde el fuego arrinconaba a los rivales sin que supieran que la verdadera causa y origen del incendio, el libro que Griselda se había propuesto recuperar, se hallaba allí, entre ellos.

—Nada es azar —se repitió, ya a solas, frente a aquel naufragio de fuego que auguraba su triunfo.

17

Y en ese mismo momento, justo cuando Griselda pronunciaba aquellas palabras, Estrella sintió como su medallón, el que había llevado al cuello desde que era una niña, desaparecía consumido por un haz de luz blanca, casi invisible. Samir, que se hallaba a su lado mientras Malkiel se afanaba por coordinar a sus hombres para acabar con el incendio, no dijo nada. No era preciso. Ambos sabían qué significaba aquella señal. Solo había un modo de impedir que aquel fuego acabara con todo lo que habían construido, ese reino en el que apenas quedaban recuerdos del miedo y la oscuridad anterior. Solo ella —maldita sea, ¿por qué debía ser ella?— sabía qué debían hacer... y quién debía morir para impedirlo.

—¿Qué os parece?

Samir abrió la puerta con aire solemne, intentando contener la ilusión que lo embargaba aquella mañana de primavera, y esperó a que el rey cruzara el umbral del que había de ser su espacio predilecto en adelante.

Malkiel, que se hallaba algo inquieto debido a su inminente viaje a Aquidonia, ni siquiera sabía qué responder. Le costaba creer que fuera cierto cuanto abarcaban sus ojos. A su alrededor, cientos de estanterías dispuestas simétricamente y llenas de manuscritos organizados con esmero llenaban todas y cada una de las paredes de aquella gigantesca sala que habían habilitado en una de las dependencias anejas al palacio. Habían sido Aldo y Estrella quienes, en estrecha colaboración con su querido Samir, se habían ocupado de organizar la

que había de convertirse en la primera biblioteca del reino, un territorio que, desde entonces, quedaría consagrado al conocimiento y la cultura y con el que Malkiel soñaba emular al mismísimo Alfonso X, de quien se decía que, además de poseer algunos de los manuscritos más hermosos del mundo, también los escribía.

—Algún día seré yo mismo quien componga esas historias —deseaba Malkiel.

19

—Nada os lo impide —lo animaba Aldo, quien, convertido en príncipe de los juglares gracias al nombramiento con que había sido premiado por el valor demostrado en el pasado, era ya también uno de sus mejores amigos—. La poesía es un tesoro que no conoce dueño: a todos nos pertenece por igual.

—Pero solo unos pocos domináis sus artes... —le respondió el rey, que envidiaba el talento de quienes, como Aldo, conocían los secretos de la música y el verso.

—Nada que no podáis lograr vos si al corazón le sumáis tiempo.

Si de algo carecía el rey era, precisamente, de ese tiempo del que Aldo le hablaba. ¿Cómo soñar

con escribir cuando eran tantas las obligaciones que lo acuciaban? Desde la muerte de su padre, el rey Olav, Malkiel se había visto obligado a asumir todas las responsabilidades que, desde niño, había deseado esquivar. Solo la presencia firme y constante de Estrella, compañera en el trono y cómplice en su corazón, le hacía sentir una seguridad de la que carecía cuando uno de los dos debía ausentarse en alguno de los muchos viajes que la nueva diplomacia les exigía.

—Son tiempos de cambio —le insistía Samir, que hablaba del nacimiento de una nueva era en la que los acuerdos habrían de imponerse a las armas.

—Un tiempo que por ahora es solo un espejismo —le contradecía Walhard, encargado de proteger a sus reyes en cada una de aquellas salidas a los territorios vecinos—. Cuando llegue, bajaremos nuestras espadas. Entretanto, deberán seguir tan afiladas como lo están ahora.

Pero aquella mañana de abril, mientras contemplaba esa sala llena de páginas cuidadosamente ilustradas y volúmenes que escondían todos los saberes de su tiempo, Malkiel se olvidó por un

momento de las amenazas que los acechaban fuera. De los tumultos que, ante la llegada de mujeres y hombres nómadas, habían empezado a sucederse en alguno de los rincones de su propio reino. Y hasta de la continua tensión en sus fronteras, asediadas tanto por la presencia de aquellos forasteros de origen incierto como por la ambición de Griselda, reina de la vasta Aquidonia. Allí debía partir ese mismo día con la esperanza de que las palabras pudieran reemplazar a las armas.

21

—¿Os complace lo que veis, majestad? —le preguntó Samir, que conocía perfectamente la respuesta de su discípulo. Llevaba demasiados años junto a Malkiel como para no leer en sus ojos la emoción que aquel lugar le había despertado.

Tras ellos, expectantes, aguardaban el veredicto los monjes copistas que, bajo la tutela de fray Theobald, se habían ocupado de restaurar e iluminar los pergaminos que llenaban gran parte de aquellas estanterías.

—Mucho, Samir —respondió al fin Malkiel—. Este ha de ser, desde hoy, el corazón del reino. Y así, en honor a eso mismo, recibirá el nombre de la Sala del Origen, pues de este lugar nacen todas

las ideas de cuanto somos y los deseos de cuanto soñamos llegar a ser.

Los monjes no pudieron reprimir su entusiasmo y se escuchó un sordo rumor de aprobación y euforia que, sin embargo, no tardaría en ser sofocado por la voz de Walhard.

22 —Necesito que me acompañéis, majestad —le pidió el capitán de la guardia real—. Es urgente.

—¿Ha sucedido algo?

Samir no necesitaba oír la respuesta.

Sabía que Walhard estaba a punto de informarles de que se había iniciado una nueva revuelta entre los súbditos del reino.

Pero esta vez no se trataba solo del habitual pillaje con el que la turba, alentada por palabras incendiarias, llevaba meses asaltando las calles. En esta ocasión habían ido mucho más lejos. Tanto como para haberse atrevido a llevarse con ellos a alguien a quien sabían que el rey tenía en su más alta estima.

Malkiel salió corriendo en busca de Estrella —«Ella sabrá qué hacer», pensó— en cuanto Walhard le dio la noticia. Además, era necesario que alguien se ocupase de todo mientras él salía rumbo

a Aquidonia: tan urgente resultaba reunirse con quienes los amenazaban fuera de sus fronteras como dar respuesta a lo que acababa de suceder dentro del reino.

Aldo, el príncipe de los juglares, había sido secuestrado.